

tienen en su narración palabras de reproche. Con una comprensión efectiva de los duros trances que esos hombres se vieron obligados a enfrentar. El señor Laso los presenta a la consideración del lector sin sombra de esa malquerencia que suele enturbiar otras páginas aún a cientos de años de distancia. Es una historia novelada en la cual nuestro simpático y heroico Coronel de los Húsares de la Muerte cumple su destino aciago. Era uno de esos hombres que habían nacido para vivir sin hacerle lances a su destino. Y gallardamente fué hasta el final como aquellos héroes románticos de una causa perdida pero que no por eso deja de despertar entusiasmos. El entusiasmo generoso de los hombres que dan su vida a un ideal sin esperar compensaciones de ninguna especie.

El autor es también un hombre generoso. Un hombre que llegará a ser un escritor de gran relieve, porque pone todos los dones de su espíritu en el anhelo de conseguirlo.

<https://doi.org/10.29393/At247-14CADI10014>

#### LAS CARTAS DE LA ALDEA.

Este libro de don Manuel J. Ortiz, ese hombre sencillo y encantador que tuvimos oportunidad de tratar en un corto viaje en el tren donde nos conocimos por casualidad, nos da una sensación de dulzura íntima, de suave ironía, de graciosa displicencia para mirar las cosas de la vida pueblerina con todos sus pequeños problemas.

Los personajes tienen aquí tan vivo y sugestionante relieve que nos hacen sentir casi su presencia material, sus gestos, su cachaza de aldeanos y sus grotescos orgullos de personajes que creen que el mundo es todo lo que se mueve a su alrededor sin que se les ocurra levantar la vista para mirar que el ámbito del mundo, es tan infinito y dilatado como un océano en el cual cada ola no es nada más que un hecho sin ninguna importancia ni consecuencia.

Recuerdo que estas Cartas de la aldea, se comenzaron a publicar en «El Mercurio» hace ya muchos años, tantos, que siendo niños no alcanzábamos a apreciar su verdadero valor literario. Las leímos en esa época y nos quedó una sensación de agrado, de gracia y de sabor inolvidable. Y en realidad ahora que acaban de ser reeditadas por Zig-Zag, sentimos un poco de temor al abrir de nuevo las páginas de ese libro que nos había dejado un viejo perfume de recuerdos en el espíritu. Creímos que ya no le encontraríamos el mismo mérito de entonces. Que sus estampas nos parecerían sin gracia, desleídas por los años y por nuestra distinta manera de ser.

Y nos ha ocurrido todo lo contrario. El encanto, como una varilla de virtud que vuelve a echar sus brotes más tiernos, nos ha cogido de nuevo. Y las páginas han desfilado frente a nuestros ávidos ojos lo mismo que hace cuarenta años. Don Faustino, Taita Beto, Las Lechuzas, don Emeterio y la señora Alcaldesa con sus pujos de rancia nobleza y sus divertidos problemas aldeanos, se han vuelto a apoderar de nuestro interés. En la espontaneidad, en la agudeza de la observación, en la dulzura de hombre bueno para sacar la hebra de su buen humor que puso don Manuel J. Ortiz, reside en realidad el mayor mérito de su obra.

Es este libro una de esas obras que serán clásicas, andando los años en nuestra literatura. Brota de ella una filosofía y un humor que dan la medida de lo que es el espíritu de un pueblo, cuando falla eso que se llama la medida y la experiencia que reciben como heredad los hombres que descienden de viejas razas.

Zig-Zag ha hecho bien en reeditar este libro que puede ponerse sin desmedro al lado de los «Recuerdos del Pasado», de «Los Recuerdos de Treinta Años» y de otras obras que han marcado una etapa en la vida de nuestro país y en nuestra literatura.

Las «Cartas de la Aldea», es un libro de esos que pintan con trazos inolvidables el carácter de la gente aldeana y sus rasgos más salientes. Hay algunas crónicas que no desmerecen al lado de las mejores que se han escrito en este género.